

Duplicado

18

LA RECONQUISTA DE MÁLAGA
CANTO ÉPICO.

El Seman 1 SETI. 92

B. 35.034

M. 16-1

ANGEL DEL ARCO Y MOLINERO.

LA RECONQUISTA
DE
MÁLAGA

CANTO ÉPICO

CON UNA CARTA-PRÓLOGO
DE

D. Francisco de P. Valladar.

*(De las Reales Academias de la Historia
y de San Fernando.)*



GRANADA

TIP. DE «LA PUBLICIDAD»

1888.

ANGEL MARI ARCO Y MOLINERO

LA REGIONISTA

DE

MALAGA

CANTO EPICO

CON UNO DE LOS TROCIS

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

D. Francisco de P. Vallada

Impreso en la imprenta de D. Francisco de P. Vallada

en la calle de...

1900

Impreso en la imprenta de D. Francisco de P. Vallada

1900

Al Excmo. e Ilmo. Sr.

D. BERNABÉ DÁVILA BERTOLOLI:

*Diputado á Cortes en varias legis-
laturas, Ex-Subsecretario del Mi-
nisterio de Gracia y Justicia, Gran
Cruz de Isabel la Católica, Ex-
Decano del Ilustre Colegio de
Abogados de Málaga, & &.,*

En testimonio de respetuosa amistad

El Autor.

CARTA-PRÓLOGO.

Sr. D. Ángel del Arco y Molinero.

Distinguido amigo: No sé si dar à V. las gracias por el favor que me dispensa al pretender de mí *algo* que sirva de comienzo à su *Canto épico* à la *Reconquista de Málaga*, ó si decirle con la franqueza que me es propia: —Está V. equivocado; ni yo entiendo un palote de poesía épica, ni debo meterme en honduras que no son apropiadas à mis humildes estudios, ni à mis modestísimas aptitudes. Pero forma V. tal empeño en que sea yo el autor del *algo* en cuestion, que quizá tomaria V. à descortesía mis sinceras declaraciones, ó por lo menos, tradujéralas por excusa más ó menos encubierta; y yo que estimo en mucho su excelente amistad, no quiero que por unos cuantos renglones dude V. de mi afecto, que no es inferior, seguramente, al que V. pueda profesarme. Y alla voy, sin más vacilaciones, à cumplir su encargo, agradecido, si, más contrariado, porque me juzgo pequeño para tan difícil empresa.

No ignoraria V. desde luego,—pues conozco su ilustracion y su talento,—lo espinoso de el género *Epico histórico*. Para que una obra encaje sin discusion dentro de aquel, exigen los preceptistas condiciones difíciles de cumplir, y no en verdad muy en armonia con la accion que en el trabajo que me envia V., se desarrolla. Por esta causa, sin duda, titulò V. su obra *Canto épico*, incluyéndola entre los *poemas menores*, ó *narraciones épicas*, y cortando de este modo los vuelos à la critica que

intentara apreciarla como un poema en la completa acepción de la palabra.

Trataré de explicarme: Al resonar en los espacios los gritos de triunfo que anunciaron la toma de Granada, España vió satisfechas sus aspiraciones: había reconquistado hasta el último palmo de tierra que el árabe, siete siglos antes le arrebatara, casi por sorpresa, (1) y desde aquel momento, la unidad de la patria, la abolición de los restos del Feudalismo y el descubrimiento de un nuevo Mundo, surgían como nuncios de grandezas que habían de inmortalizar el reinado de dos preclaros monarcas. El famoso Juan del Enzina, halló en tan renombrado suceso motivos suficientes para inspirar su *Triunfo de la Fama y Glorias de Castilla*, obra en la que se propuso celebrar algunas de las hazañas de Fernando é Isabel “dignas de perdurable memoria, contando desde que comenzaron á reinar, fasta la toma de Granada;” (2) y sin embargo, parece que en toda esa última página de la historia de la reconquista falta un héroe, que como el Cid, dos siglos antes, sintetice los caracteres legendarios del personaje épico; y no pretendo mermar ni por asomo los atributos de grandeza con que en la Historia aparecen unidos los nombres de Fernando é Isabel. Bien sea porque la lucha era ya desigual entre cristianos y árabes, estando la mejor parte á favor de los primeros; bien porque la superioridad de tan excelsos príncipes requiere para su elogio el gran libro de la historia, más apropiado que la fantasía popular creadora de los personajes heroicos, es lo cierto que entre los monumentos literarios de España no aparece el poema épico en que se canten las glorias de las últimas luchas de la Reconquista, porque esas luchas verdaderamente constituirían

(1) No se extraña la frase y consúltense las modernas investigaciones del insigne Dozy, de nuestro sabio Fernandez Guerra y de otros muchos modernos historiadores y críticos.

(2) Dedicatoria á los Reyes.—Véase la “Historia Crítica de la Literatura Española,” de Amador de los Ríos, tomo 7.

no la acción del poema, sino el desenlace de la gran epopeya nacional comenzada en las agruras de Covadonga.

Pues bien: si en la toma de Granada es difícil buscar los medios de crear una acción épica, más difícil aún es encontrarlos en la reconquista de Málaga, donde la musa del pueblo no ha hallado ni las hazañas de un Palgar, ni un discutido desafío como el de Garcilaso y Tarfe, ni otros hechos recogidos por los poetas y engrandecidos en las leyendas, las tradiciones y los romances..

Hé aquí los inconvenientes con que ha tenido V. que luchar en la creación de su Canto épico, y he aquí porque en mi modesta opinión decae alguna vez su inspiración poética. Falta la acción propiamente dicha; no desarrolla V. un episodio que la engrandecería, aunque en beneficio de los sitiados: la decisión extrema, por ejemplo, de quemar la Ciudad antes de entregarla (3); y el héroe digno de ser cantado en un poema resulta de los relatos históricos ser el inflexible Hamet el Zegrí, que cargado de cadenas y grillos, y rechazando ofertas de honores y beneficios, respondió á los capitanes cristianos que le preguntaron la causa de tan tenaz resistencia: "Yo acepté el gobierno de la Ciudad, y juré defender mi patria, mi ley y el honor del que en mí confió: me han faltado ayudadores; á no ser así, hubiera muerto peleando... (4)—De modo que en la conquista de Málaga habría tal vez hecho bastante para crear una acción épica, pero sería presentando como héroe combatido por todos los rigores de la suerte y vencido al fin, á Hamet, á quien los mismos cronistas cristianos adornan con las cualidades de los héroes, y á quien los poetas árabes, si hubieran estado para hacer versos en trances tan amargos, que tal vez los hicieran, hubieranle dedicado sus

(3) Véanse las curiosas notas con que el autor concluye su poema.

(4) Pulgar, parte 2. cap. 63.—Pedro Mártir, lib. 1. cap. 69. (Cita de Lafuente.)



más sentidas composiciones, como cantaren las desdichas del famoso rey poeta Al-Motamid de Sevilla, que murió en Fez prisionero de sus vencedores Africanos.

Y conste que no trato de menoscabar la importancia de la toma de Málaga, puesto que me complazco en reconocer, como Zurita dice, que “toda la esperanza de la conquista de aquel reino (Granada) y del fin de la guerra, se ponía en la expugnacion de la Ciudad de Málaga; por que por su costa les iba á los de Granada y á todo el reino de los Moros, que se tenian en defensa, el socorro de gentes y provision de armas y caballos,” (5); pero las crónicas cristianas no señalan otros hechos culminantes acaecidos en el tiempo que duró el cerco de aquella Ciudad, que la heroica y desesperada defensa de Hamet el Zegrí.

Sin pensarlo, me he estendido quizá más de lo conveniente en ciertos detalles; pero hé querido señalar los obstáculos que ha tenido V. que vencer, por que para mí este es el mérito principal de su trabajo.

Seré ya muy breve. Aparte la invocacion, que es inspirada y sonora, el fragmento que más me agrada de su canto épico es el segundo; resulta muy completo, y más apropiado al subgénero poético á que la obra pertenece.

Me relevo del compromiso de citar en esta carta aquellos rasgos de versificación, de los muchos que han merecido mi agrado. Vuelva la hoja el curioso lector y haga por mí ese trabajo, verdadera obra de romanos para el autor de esta carta que jamás escribió renglones cortos, ni supo buscar consonantes á las palabras más vulgares.

Y doy por terminada esta carta, quejoso de mí mismo, por que no supe hacer de ella un documento digno de

(5) Anales de Aragon. lib. XX cap. 71.

la inmerecida honra que el poeta me dispensó. Tratarase no de versos, sino de antiguallas ó papeles viejos, y tal vez hubiera cumplido más á satisfacción de los demas y de mí propio, encargo semejante.

De todas maneras, cónstele á V. Sr D. Angel, que mi intencion ha sido buena, y que le estima siempre su buen amigo Q. B. S. M.

Francisco de Paula Valladar.

Granada 22 de Julio de 1888.



LA RECONQUISTA DE MALAGA.

«Vos scitis euanta ego et fratres
mei fecimus pro legibus et sanctis
prælia.»

*Voso'ros sabeis cuantas batallas
hemos peleado por las leyes y por
las cosas sintas.*

(Lib. 1. Micah. 13—3.)

I.

En el nombre de Dios, el soberano,
El grande, el fuerte, el sabio, el justiciero;
En el nombre de Dios, que dió al cristiano
La fé bendita que esgrimió el acero
Para humillar al pueblo mahometano
De siete siglos vencedor artero;
En el nombre de Dios canto la hazaña
Que honra los fastos de la noble España.

Y tú, Estrella del mar, reina del cielo,
Dulce patrona de la patria mia:
Para tan alto remontar el vuelo
Préstame inspiracion, mis pasos guia.
Infúndeme la Fé y el santo anhelo
Que al guerrero cristiano enardecia,
Y yo con ànsia beberé en la Historia
Claro raudal de inmarcesible gloria.

¡Venid á mí: Fernando, gran Fernando,
Noble Isabel, guerreros sin mancilla;
Raza de Cides que aún estais flotando
En la enseña brillante de Castilla:
A todos en mi mente retornando,
Os contemplo, postrada la rodilla,
Ante aquella Ciudad tan deseada
Que duerme por las olas arrullada.

Reina cautiva de la raza mora,
Cristiana por amor, hoy agarena;
Perla nacida al beso de la aurora
Dejada por el mar sobre la arena;
Málaga, la Damasco encantadora
De cielo de cristal, de playa amena:
Tambien el vate con el alma muda
Descubierta la frente, te saluda.

A tí llegan los héroes castellanos;
A tí llega Isabel, que por tí sueña;
Ellos ván á vencer á tus tiranos
La hermosa Cruz llevando por enseña,
Con ellos vá Pulgar en cuyas manos
Flota el pendon que al árabe domeña;
Ellos mermaron porque al cielo plugo
Palmo á palmo la tierra á tu verdugo.

Mira á Fernando que se humilla y reza,
Mira á Isabel que se arrodilla y llora;
Miralos, destocada la cabeza,
Jurando tu conquista seductora.
Noble es la hazaña, grande la proeza,
Mas no cejan; su espada vencedora
Es aquella forjada con un rayo
En las rocas de Asturias por Pelayo.

Su indómito valor no encontró vayas
Ante el placer de conquistarse glorias;
Si libraron por cientos las batallas,
Contaron las batallas por victorias:
Ellos, sufriendo nubes de metrallas,
Realizaron empresas meritorias,
Señalando con sangre castellana
Cada palmo de tierra musulmana.

Ellos fueron los héroes del Salado,
De las Navas los bravos campeones;
Para humillar del árabe un reinado
Bastó con un puñado de leones.
Ellos, llevando su pendon alzado,
Fueron admiracion de las naciones,
Y dignos siempre á el árabe postraron
Y por su patria y por su Fé triunfaron.



Jamás fué su valor escarnecido;
Luchan hasta morir con ardimiento,
Y por cada cristiano que es vencido
Para vengarle se a lelantan ciento.
De los combates el fragor temido,
Antes que anonadarles, les dá aliento;
Los enardece, anima y arrebatá,
Y acomete su acero, rinde y mata.

.

Estos, los héroes de la patria fueron:
Atletas de la fé, rayos de Marte,
Que, èbrios de gloria, recobrar supieron
Del moro hasta el postrero baluarte.
Raza leal de bravos que siguieron
Con ciego fanatismo el estandarte
De aquella Santa Reina sin segundo,
Pasmo de España, admiracion del mundo.

II.

Duerme Isabel: la noche está serena;
Nada turba la paz del campamento,
Las mansas olas al besar la arena
Fingen rumores que repite el viento.
Blanco destello de la luna llena
Llegando de Isabel al aposento,
Se acerca á acariciarla dulcemente
Realzando más la nacar de su frente.

Mórbido el brazo sobre el blanco lino,
Suelto sobre los hombros el cabello,
Parece más gentil y alabastrino
Al rayo de la luz su eburneo cuello.
Sus labios, entreabiertos de continuo,
Semejan de un clavel el caliz bello,
Dibujando suavísima sonrisa
Al sentir los halagos de la brisa.

Duerme y sueña: su rítmico latido
El seno agita con impulso leve,
Modulando suavísimo gemido
Que el albo cútis de su cuello embebe.
Y su rostro animando, poseido
Del éxtasis vital que la conmueve,
Vé desfilas cien formas peregrinas
Impalpables, quiméricas, divinas.

.

Rico en virtudes, grande en bizarría,
El cetro firme en la robusta mano,
En corcel que los vientos desafía
Cruza el primer Alfonso castellano.
La Fé cristiana sus empresas guía
En contra el poderoso mahometano,
Y dando al cabo á sus victorias fama
La Religión católico-lo aclama.

Síguenle Alfonso el Casto, á quien rendidos
Ofrecen párias agarenos reyes,
Y el Grande Alfonso que los vió, vencidos,
En treinta lides acatar sus leyes.
¡Oh! pléyade de Alfonsos escogidos!
Si es de justicia que en honor descuelles,
Basta á probarlo la verdad notoria
Del ancho libro de la pátria historia.

.

Su corcel, en pos déellos, refrenando,
Và el quinto Alfonso, aquel que derrotara
Al soberbio Almanzor y su impío bando
En noble lid que su poder declara.
Siguen sus huellas el primer Fernando
Que en su mano dos cetros recabara,
Y aquel Rey Santo que llevó á Sevilla
El glorioso estandarte de Castilla.

Católico y leal, piadoso y bravo,
La cruz alzando, enseña victoriosa,
Sobre todos descuella Alfonso octavo
El héroe de la Navas de Tolosa;
Aquel, que haciendo al agareno esclavo
En una sola lid grande y honrosa,
Trocó en fatál la próspera fortuna
Que diera alientos á la Media-luna.

Y luego, como mágicas visiones,
En larga procesion van discurriendo
Cien y cien invencibles campeones
Las aureolas del honor ciñendo.
Y estandartes y cruces y pendones
Que prelados y prestes van luciendo,
Héroes todos del sόlio castellano,
Raza noble, terror del africano,

Míralos Isabel, y en su alma brota
Envidia noble, generoso empeño;
Siente nacer emulacion ignota
Y pugna en vano por dejar el sueño.
Divina imagen que entre nubes flota
Infúndele otra vez grato beleño,
Y oye una voz de célica armonia
Que de nuevo su espíritu extasía.

— «Las armas de la Fé que van contigo
Llevan el triunfo, siempre lo tuvieron:
Yo, tu entusiasmo y tu valor bendigo
Nieta de Reyes que por Mí vencieron.
Lucha y vence tambien; el enemigo
Pugna en vano; sus armas se rompieron;
Invoca en el combate mi memcria,
Yo estoy contigo, tuya es la victoria, »

Dijo y calló. La Reina estremecida
Abre del sueño los cansados ojos,
Y vé á la hermosa imagen, circuida
Por el rayo de luz, que siente enojos.
Y de santo temor sobrecogida
En el lecho postrándose de hinojos,
No acierta á hablar, su labio balbucea,
Y en la Imagen divina se recrea.

.

Hiende los aires el clarin sonoro;
Aturde el Real confusa gritería;
La Iglesia entona religioso coro
Y el entusiasmo cunde y la alegría.
—¡Al arma! al arma! y á humillar al moro;
La Virgen nos protege, ella nos guía!—
Así exclaman fervientes los soldados
Y emprenden el ataque denodados.

III.

Cuatro veces las huestes castellanas
Batieron las murallas con coraje:
Cuatro veces las tropas musulmanas
Resistieron con ímpetu salvaje...
Con entereza y altivez troyanas,
Pagándonos ultraje con ultraje,
La muralla defienden, ya deshecha,
Cerrando con cadáveres la brecha.

Allí fué de Pulgar la valentía,
De Hamet Zegrí la indómita fiereza,
Del Conde de Cifuentes la osadía,
De Ibraím el Zenete la nobleza; (1)
De Ramirez Madrid la bizarría,
De Dordúx la altivez y la entereza;
Todos fueron en uno y otro bando
Famélicos lcones peleando.

Alli fué donde un moro traicionero
Puso en intento la menguada hazaña
De asesinar fanático y artero
A los Reyes Católicos de España. (2)
Allí fué donde Hamet terrible y fiero
Juzgando ya perdida la campaña
Quiso imitar con fiero patriotismo (3)
De antigua Troya el trágico heroismo.

Irrita á los cansados sitiadores
Del sitiado la fiera altanería;
De ambas partes sucumben los mejores
Sin que ceda de entrambos la osadía.
Y decidiendo hacer los moradores
Un esfuerzo supremo en la agonía,
Cargan sobre la hueste sitiadora
Como enorme avalancha asoladora.

Tal chocan con hirviente remolino
En alta mar inmensas oleadas,
Cuando impelidas por ciclón marino
Van en opuesta direccion lanzadas.
Las huestes en revuelto torbellino
Cargan ó cejan ya desordenadas,
Y el árabe más pugna y más se aferra
Sembrando de cadáveres la tierra.

La lucha es imponente, porfiada:
De las bombardas el fragor retumba;
Quien intenta ganar una pulgada
Halla en el polvo necesaria tumba;
Y allá, desde la mar alborotada
De nuestras naves la metralla zumba,
Almenajes y cúpulas batiendo
Que se van derrumbando con estruendo.

Nuestros bravos se animan y recargan;
Ellos responden ya desesperados,
Y cada cañonazo que descargan
Nos merma centenares de soldados.
Con la lucha los ánimos se embargan,
Y los que quieren avanzar osados
Ruedan desfallecidos é impotentes
Al pié de una muralla de valientes.

Entre el fragor de la espantosa lucha
Vese al Zegrí blandir la cimitarra;
Grita animoso, el árabe lo escucha
Y avanza un peloton de la Alpujarra.
Nuestra vanguardia, en la defensa ducha,
Con ímpetu acomete y los desbarra,
Y al fin de miedo y de vergüenza llenas
Retroceden las hordas agarenas.

¡Santiago y cierra!! gritan los peones;
Repite el grito el eco de la sierra,
Y avanzando otra vez nuestros leones
Vuelve á temblar bajo sus pies la tierra.
Dejando atrás heridos y pendones
Huye el moro cobarde que se aterra;
Y no se cuenta fuerte ni seguro
Hasta que logra repasar el muro.

Nobles guerreros de la pátria mía:
Al viento dad los himnos de victoria;
Venció la Fé, que vuestros pasos guía;
Vuestro es el triunfo yá, vuestra la gloria.
Vuestro acero humilló la altanería
Del árabe procaz que era ilusoria;
Ya, por tantos reveses combatida,
Abre sus puertas la ciudad vencida.

¡Bendigamos á Dios: estaba escrito!
Dios solo es vencedor, él es el fuerte:
Su omnímodo poder es infinito;
Él los desastres y los triunfos vierte.
El premia la virtud y hunde el delito,
Él alienta la vida y dá la muerte;
El puede, en sus altísimos misterios
Alzar reinados y abatir imperios.

Ya sobre los altivos torreones
Flota al viento la enseña de Castilla:
Al verla los cansados campeones
Doblan con entusiasmo la rodilla.
La Iglesia canta, rugen los cañones,
Y al acercarse á la anhelada orilla
Meciéndose al impulso de las olas
La saludan las naves españolas.

¡Cayó Málaga! ¡Ay de los vencidos!
¡Ay! de la raza de Mahomet cuitada!
Ya de sus baluartes más queridos
Solo les resta la gentil Granada.
Pronto nuestros monarcas aguerridos
Llevando allí su hueste denodada,
Pondrán la enseña de la cruz divina
Sobre la hermosa Alhambra granadina.

¡Cantemos al Señor! suya es la empresa:
El, armando potente nuestro brazo;
Libró á la pátria que lloraba opresa
Para tornarla de su Fé al regazo,
Por él triunfó la religion ilesa
Uniendo á España en cariñoso abrazo:
Unos serán los pueblos y los Reyes,
Una la religion, unas las leyes.

¡Cantemos al Señor! Su exelsa mano
Dió el supremo laurel de la victoria
A los héroes del trono castellano,
Flor de Reyes, asombro de la Historia.

.

¡Claros monarcas del honor hispano:
Dormid en paz el sueño de la gloria;
Que, ébria de orgullo, grande, ennoblecida,
Os bendice la pátria agradecida!

FIN.

NOTAS.

(1) Ibrain Zenete era uno de los más esforzados generales moros. En cierta ocasión en que los sitiados hicieron una salida contra las tropas castellanas, cayendo furiosamente sobre las estancias de los maestros de Santiago y Alcántara, dió Ibrain Zenete una prueba inequívoca de ser tan intrépido como humano.

Llegó á caballo y armado con su lanza á una rica tienda, donde en vez de guerreros capaces de aceptar la lid, encontró á unos cuantos muchachos. A la presencia de un campeón moro de terrible aspecto, quedaron todos absortos, y mucho más cuando le vieron enristrar la lanza; pero fué grande la sorpresa de ellos, cuando en vez de ofender, les dió el musulman blandamente con la lanza, diciendo: «Andad, rapaces, con vuestras madres.» Los otros caballeros moros, que vieron á los chicuelos escapar huyendo, le riñeron porque no los habia matado. «Non los maté, respondió Ibrain, porque non vide barbas.» Este lance cundió luego por el real, y todos los castellanos aplaudieron la hidalgua y magnanimidad del infiel; hidalgua que más tarde tuvieron en cuenta nuestros Reyes, pues rendida la Ciudad, Ibrain obtuvo un partido muy ventajoso en premio á su clemencia.

(2) El autor de esta descabellada empresa, fue un moro de Guadix llamado Abraham el Guerbi, que gozaba gran fama de santón en aquella comarca y á quien suponian inspirado por el espíritu divino del Profeta. Este santón, conmovido con las noticias que llegaban á todas partes de

la aflictiva situación de los sitiados de Málaga, trató de organizar una cruzada, y al efecto recorrió las calles de Guadix y pueblos vecinos, entusiasmado con sus predicciones á los fanáticos musulmanes y asegurando haberle sido comunicado prodigiosamente el medio de obligar á los cristianos á levantar el sitio de Málaga. Llevados por sus palabras se reunieron unos cuatrocientos moros, los cuales proveyéndose de viveres y municiones para los sitiados, tomaron el camino de Málaga, donde llegaron una noche; y cogiendo desprevenidas á las guardias lograron atravesar el real en número de doscientos, cayendo los otros prisioneros ó muriendo en la refriega. Apenas amaneció, las descubiertas del ejército castellano, encontraron en un barranco próximo al santón Guerbi, arrodillado y en una especie de éxtasis divino. Llévaronle preso al marqués de Cádiz, como cosa rara, y como este tratara de ordenar que le dieran muerte, el santón propuso en tono de misterio, que el daría órdenes de manera que pudieran rendir á Málaga, con tal de que le perdonaran la vida.

Fueron tantas sus promesas, que el Marqués dispuso conducirle, como en efecto lo hizo, hacia la tienda de los Reyes. Siendo aún muy de mañana, estos continuaban en descanso, por lo que el Marqués le entró en una tienda próxima, donde jugaban á las damas en compañía de otros personajes, la marquesa de Moya doña Beatriz de Bobadilla, íntima amiga de doña Isabel, y D. Alvaro de Portugal, hijo del Duque de Braganza. «É el perro moro, dice Bernaldez con su acostumbrada naturalidad, llevaba concebido de matar al rey, porque muriese su vida é viviese su alma.»

Como viese el santón que todos hacían mucho acatamiento á doña Beatriz y á don Alvaro, y no conociese á los Reyes ni entendiése el habla castellana, creyó estar en presencia de los monarcas; y antes de hablar pidió un vaso de agua que le fué servido al instante; pero al tiempo de tomarlo, alzó el brazo, armado con un pequeño alfanje y descargó tan fuerte cuchillada sobre don Alvaro que le derribó en tierra bañado en sangre: arremetió en seguida á doña Beatriz; pero la circunstancia de topar el alfanje,

al levantarlo, con los palos de la tienda y haberse echado al suelo aquella Señora, hizo que no sacara sino algunas cuchilladas en los vestidos. Antes que reiterase golpes más cuécheros se abalanzaron sobre el asesino Fray Juan de Belcazar y el tesorero Rui Lopez de Toledo y forzageando con él le sugetaron no sin gran peligro, atándole los brazos. A las voces acudieron otros campeones, que irritados por la mala hazaña del santón, le sacaron al aire libre, despedazándole à cuchilladas. El rey, envuelto en la misma coleha de su cama, y la reina ya ataviada, salieron al alboroto, y horrorizados con la idea del peligro de que habian escapado, nombraron para su custodia, además de la guardia o dinarís, cuatrocientos hidalgos de Castilla y Aragón; se prohibió la entrada en el real à todo moro que no manifestase su nombre y el objeto de su venida, y los muéjares sospechosos fueron expulsados del campamento.

(3) La situacion de los sitiados habia llegado à ser desesperada: el hambre crecía entre los moradores; familias enteras abandonaban sus hogares y salian à ofrecerse por esclavos de los cristianos à trueque de conservar la vida. La pintura que estos fugitivos hacian del estado de la Ciudad, era la más lastimosa. El pan de cebada era buscado como un regalo; muchos comian cueros de vaca remojados y daban à sus criaturas hojas de parra picadas y cocidas con aceite. Los Gomeres entraban ya en las casas buscando víveres y arrancaban las escasísimas provisiones que conservaban familias acomodadas días antes, quebrando arcas, y derribando tabiques donde creían hallar pan y otros mantenimientos escondidos. Los infelices moradores estaban ya sumidos en la desesperacion con las violencias bárbaras de la soldadesca y por la alternativa cruel en que los habia colocado la obstinacion de Hamet el Zegrí: dentro de la Ciudad, hambre y tiranía: fuera, cautiverio y muerte. La muchedumbre, exasperada ya, miraba con horror al Zegrí y le gizo encerrarse con el residuo de sus Gomeres, en el castillo de Gibralfaro. En esta fortaleza se aisló completamente, y poseído de una especie de vértigo proyectó

bajar á la ciudad con sus soldados, degollar á los niños, á los viejos y á las mujeres, poner fuego á todos los cuarteles y barrios y precipitarse en seguida sobre los cristianos, para abrirse paso ó morir peleando. «E el Zegrí y los que seguian su opinion—dice el citado Bernaldez,—era, que matasen las mujeres, é niños é viejos, que no eran para pelear, é despues, que saliesen peleando é murieran; que no que diesen tal honra y victoria á los cristianos de darse á partido.»

Pero recobrado luego de su fiebre, el Zegrí desistió de este diábolico pensamiento, y resolvió prolongar su resistencia en el castillo, abandonando á los vecinos de la ciudad á su propia suerte.

Tanto en el texto como en las notas precedentes, hemos seguido fielmente á Andrés Bernaldez, Hernando de Pulgar, Gerónimo de Zurita, Lafuente Alcántara y otros celebrados historiadores y cronistas, de los pocos que han narrado con exactitud los últimos episodios de la Reconquista,

